



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 1108

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 29 DE OCTUBRE DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rus Caumartin 81; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

AGUA MINERAL NATURAL DEL VALLE DE VICHY



Fuente St Louis La más fría 12° y menos alterable en el transporte Sin rival para el Estómago, Hígado, Gota, etc.

Se expone en casa de D. Justo Aznar.

LA QUESTION DREYFUS

Ha llegado á su período algido la cuestión Dreyfus. Revisionistas y antirevisionistas, divididos en dos bandos colosales, se arechan, se desafían y ya han venido algunos momentos á las manos, perturbando la paz pública y amenazando convertir la capital francesa en campo de Agramante.

Mezclada á la cuestión Dreyfus, palpita otra más grave y más honda que amenaza al pueblo francés con una guerra civil; y si el estado anormal persiste y la discusión sigue á porrazos, no tardará en manifestarse el primer resplandor del descomunal incendio.

Lo que menos importa á los antirevisionistas es saber si hubo ó no documentos falsos en el proceso Dreyfus. Lo que les importa más es que el sentenciado como delincuente de traición á la patria es judío. Si fuera cristiano no tropezaría la revisión con las graves dificultades que tropieza ni habría un partido colosal dispuesto á probar con golpes, á falta de mejores argumentos, que el Consejo de guerra que condenó al excapitán dió una sentencia infalible.

En esa cuestión tan debatida, que cada vez que aparece sobre el tapete pone más de manifiesto el odio de dos razas, hay partidarios de la justicia que no tienen en cuenta la iglesia en que comulga el reo—esos son los revisionistas—y hay también enemigos declarados de los judíos, antisemitas fanáticos que creen á puño cerrado en la culpabilidad de Dreyfus solo por ser israelita. Para

esos hombres el aforismo que dice: «busca á quien pueda aprovechar el delito y encontrarás al criminal», puede aplicarse de este modo en el caso concreto de Dreyfus: «busca al judío y encontrarás al delincuente».

Para Deroulede y Drumont, portaestandartes del antirevisionismo, no hay dudas ni puede haberlas: Dreyfus es culpable; y aunque en el proceso aparezcan falsedades y se prueben, nadie quitará al prisionero de la isla del Diablo su condición de judío. Y como Dreyfus es el único individuo de su raza que juega en el asunto, a nadie más que á él puede imputarse el enorme delito en que entendió el Consejo de guerra.

El argumento es cruel, inhumano, injusto. Si hay falsedades en el proceso no las habrá hecho Dreyfus por el gusto de que resultaran en su daño. Otros que no él habrán cometido esos crímenes y á esos otros hay que castigar para ser justos.

El asunto es grave; media Francia enseña los dientes á la otra media; y ante el peligro de que surjan disturbios y se ensangrienten el suelo de París, parece que hay el propósito de declarar injusta la sentencia impuesta á Dreyfus, porque.... el delito de alta traición que lo arrojó en su destierro no ha existido.

No nos parece que con esta determinación quedará bien parada la justicia; pero al menos saldrá triunfante aquel principio jurídico, tan humanitario, que prefiere que se salven cien criminales á que perezca un inocente.

TIJERETAZOS

Dice un periódico que dos concejales del ayuntamiento de Barcelona, miembros de la comisión de consumos, se han dado unas cuantas bofetadas de cuello vuelto en las afueras de la ciudad. Y diga el colega: ¿Las entraron de matute?

Dice un colega que en un pueblo de Francia ha sido encontrada una seta gigantesca que mide un metro y veinte centímetros de circunferencia.

Vamos, si, una seta como el sombrero de un picador.

No lo creo. Eso no puede ocurrir más que en la tierra de los yanquis, donde se fijan anuncios en las nubes y se inventan las mentiras de gran tamaño.

La guardia civil de Antequera ha puesto á buen recaudo á un hijo carlista que ha matado de una puñalada á su madre.

Y resulta que el hijo estaba loco.

Si hicieran responsable del delito á la autoridad que permitía que anduviera suelto, no estaríamos expuestos á que cualquier loco nos desoñe un tiro.

Porque locos hay en todas partes. Y autoridades blandas, que permiten que vayan por las calles solas, también las hay.

Dice «La Unión Conservadora» de Málaga:

«Parece que en breve se girará por la Tabacalera una visita á varios pueblos de la provincia, donde se dedican algunos agricultores al cultivo de tabaco de contrabando.»

Lo creemos, porque eso es eminentemente español.

A cualquiera se le ocurriría estudiar como ensayo esas plantaciones, máxime cuando una de las provincias en que se ha de ensayar el cultivo del tabaco es Málaga.

Pero aquí lo entendemos de otra manera:

Primero se destruirán las que hay hechas.

Y después se dará permiso para hacer otras.

La cuestión es no perder tiempo.

GLORIAS NACIONALES

Episodio de la guerra civil

29 de Octubre de 1836.

El gobierno, á consecuencia del gran incremento que el carlismo había tomado en el Maestrazgo, y de la osadía que todos los cabecillas demostraban, vióse obligado, en los últimos meses de 1836, á reforzar las tropas que en aquella comarca operaban, creando el llamado ejército del Centro, cuyo mando, encomendó al general Don Felipe Montes.

Con tal medida pudo aumentarse el número de las columnas y hacer más fuertes las guarniciones, dando este motivo á una gloriosa serie de brillantes episodios. Uno de estos fué el realizado el 29 de Octubre del año mencionado por un parte de las fuerzas que guarnecían á Peñíscola.

Noticioso el gobernador militar de esta plaza de la presencia de una partida carlista en Aloá de Chisvert, dispuso que el comandante de nacionales Don Juan Bautista Vidal marchara á este pueblo, al frente de algunas fuerzas y llevando como segundo á Don Francisco Bretón, para sorprender al enemigo; y tan hábiles se mostraron ambos jefes en la empresa que habían de llevar á efecto, que el resultado de ella no fué otro que obtener sobre los carlistas la más completa victoria, por haber logrado sorprenderlos durante la noche y cuando se hallaban entregados al descanso.

Al procurar los carlistas ponerse á salvo de la matanza á que se habían entregado los liberales, un grupo de seis, entre los que se contaba el cabecilla, vióse detenido por Vidal, que armado de sable y pistolas se arrojó sobre ellos trabándose por tal motivo una lucha tan desigual como heroica. El jefe liberal fué inmediatamente desmontado y rodeado por los carlistas; pero lejos de desfallecer por verse en situación tan crítica, se revuelve contra sus enemigos rabioso y fiero, y á cambio de una grave herida de bayoneta que recibió en el pecho dá muerte al jefe enemigo y á tres dos de los que le acometían, salvándose de una muerte segura gracias á que al mismo tiempo que él caía,

exánime en tierra varios soldados suyos, atraídos por el ruido de la lucha, se arrojaron sobre los tres carlistas que continuaban en pie y les dieron muerte.

El segundo Bretón también resultó herido de gravedad.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

MI GUITARRA

Yo tengo una guitarra, y hay en sus cuerdas ecos de romerías y de verbenas, risas, lamentos, amorosos murmullos, rumanos...

Vibraciones que incitan tiernos suspiros carojadas sonoras, tristes gemidos, sentidas quejas y notas que parecen dulces promesas.

Al son de mi guitarra deja que canten, que el remedio he hallado de mis pesares; porque parecen pequeños mis penas: ¡canto y me duermen!

No te envidio avejilla tu rápido vuelo, que, como tú, cantando, también me elevo: tú con mil plumas, yo, anhelante de gloria, solo con una.

Segundo Lozano.

VARIEDADES

OHARADA

En drama á entremés, el todo de una dos-tres, en la escena, estando varía primera mi juicio, es de las cosas necesarias.

C.

debeis decir, dijo doña Esperanza, poniéndose vivamente encendida; pedídselo á vuestro corazón: él os lo dará.

—Mi corazón, señora, está sobrecogido de felicidad: no había podido el pobre aspirar á tanta hermosura; porque es tal, que no había podido concebirla.

—Vuestro corazón, ¿no se ha contagiado, monsieur Prevauz, con la atmósfera de la corte? ¿siente lo que vos decís?

—Mi corazón, señora, es en este momento el corazón de un niño.

—Y decidme: ¿vuestro corazón no siente nada por la dama del patinillo del alcazar? ¿O es que es tal el influjo que de improviso me ejercido sobre vos, que he hecho tal vez desgraciada, sin pretenderlo, á esa pobre señora?

—¡Una vieja! dijo Mr. de Prevauz con la extremidad de los labios; ¿cómo es posible que yo me interese amorosamente por una respetable señora de sesenta años?

—¿Dices que hay en palacio una mujer de sesenta años que apenas representa veinticinco, y que tiene el alto honor de ser la favorita del rey.

—¡Bah! ¡calumnias! ¡murmuraciones! El rey esti-

En el lado izquierdo de la casaca, sobre su pecho, se veía la venera de la orden de San Miguel.

Mr. Horacio Prevauz de la Chamrière era una magnífica figura, y contaba á lo mas veintiocho años.

III

Doña Esperanza le miraba sonriendo, y á la par preocupada, ansiosa, llena de cuidados.

—Y bien, caballero, le dijo: me encuentro en la situación mas extraña en que puede encontrarse una mujer; porque supongo que lo habreis oído todo. Sentaos, dejad el sombrero; estale en vuestra casa, lo sabéis demasiado.

—A la verdad, señora, dijo Mr. de la Chamrière dejando el sombrero sobre la mesa y sentándose en un sillón: mi situación es la situación mas lisonjera y al mismo tiempo mas difícil que puede darse. ¿Por qué me habeis llamado? ¿Por qué no me habeis dejado que escape, que pueda fingir que nada he oído, que nada sé? Porque despues de lo que he oído, señora, y pensando en mi un efecto mortal vuestra maravillosa hermosura, no sé á qué atenerme, ni lo que debo decir, ni lo que debo hacer.

—Creo que no me pedis consejo acerca de lo que

de levemente sonrosado; una blancura muy blanca, en una palabra, muy fuerte; un exceso, en fin, que hacia parecer deslumbrante la hermosura de doña Esperanza.

Desgraciadamente los ojos no eran muy grandes, pero tan bellos, tan brillantes, y de un azul tan oscuro, de una lucidez tal y de una expresión tan poderosa y tan ardiente, que parecían enormes. La nariz no era ciertamente estatuaría; adolecía de falta de corrección, pero era muy graciosa; una de esas narices que complementan una sorpresa epigramática una preciosa nariz sin ser una nariz académica. En cambio la boca y el frente eran de una forma perfecta: de labios sumamente encarnados y frescos, la primera; tersa la segunda, como un cielo sin nubes; los cabellos de un fuerte color dorado, sin tocar en lo rojo, rizados naturalmente y voluminosos; la garganta gruesa, redonda, esbelta; los hombros y el seno desarrollados; el tallo esbelta; las manos admirables, y la estatura regular, ni alta ni baja.

Era una de esas bellezas que nada dicen al espíritu, porque todo lo dicen en los sentidos: una de esas hermosuras, á la vista de las cuales el desec no deja lugar á la admiración; un conjunto lujoso de formas morbidas; un conjunto fascinador de formas voluptuosas. Como espíritu, lo que á primera vista se no-